

LETRAS



LETRILLAS



L&TRONES

68

LETRAS LIBRES
JULIO 2011

POLÍTICA

EL PERÚ TRAS LA ELECCIÓN IMPOSIBLE

*You must pick up one or the other
Though neither of them are to be what
they claim*
Bob Dylan

ALBERTO VERGARA

“D e mí puede haber dudas –afirmó el candidato presidencial Ollanta Humala dirigiéndose a los peruanos en el último y crucial debate presidencial frente su adversaria Keiko Fujimori–, pero en el otro lado hay pruebas.” La frase traduce bien el ambiente de la segunda vuelta en el Perú: ambos candidatos eran conscientes de que luchaban por un electorado que los percibía como si un desalmado dios griego empujase a los peruanos a pasar entre Escila y Caribdis, como una encrucijada entre dos males. A la postre, el electorado sin candidato en la segunda vuelta ha decidido por estrecho margen que Fujimori era peor que Humala. Tras conocerse el resultado un amigo sentenció con contradictoria lucidez: “Estoy muy contento porque perdió Keiko

Fujimori, pero muy triste porque ganó Ollanta Humala.”

Pero vayamos por partes. La segunda vuelta no se entiende sin la primera y la primera no se comprende sin el gobierno saliente de Alan García. García fue elegido presidente en 2006 aunque no merecía una segunda oportunidad (todavía no hay quien determine si la crisis más aguda de la historia peruana fue al finalizar su primer gobierno en 1990 o tras la desgraciada guerra que el Perú perdió ante Chile en el siglo XIX). Su mandato exigía que aliviasen dos problemas centrales de la vida política peruana. Del lado institucional, debía legitimar la democracia representativa; del lado económico, lograr que el fantástico crecimiento económico peruano de los últimos años generase beneficios más homogéneos, atemperando un desigual desarrollo donde la costa avanza exponencialmente y el interior del país apenas si se beneficia del crecimiento. El respaldo masivo que recibió Humala en la elección del 2006 –estadista en lo económico y autoritario en lo político– por parte del Perú postergado fue el grito de alarma. Sin embargo, García estableció un gobierno extremadamente conservador, mimado por los grandes empresarios, aliado hasta

la complicidad con las Fuerzas Armadas, bendecido por los sectores más ultramontanos de la Iglesia católica, rodeado de escándalos de corrupción y dueño de una soberbia intolerante que le convirtió en ese tipo de político que, dice Javier Cercas, por creer que lo sabe todo nunca entenderá nada. La antipatía generalizada hacia su gobierno alentó que la legitimidad del sistema democrático y de la economía de mercado continuase deteriorándose. Así llegó el Perú a la elección del 2011.

El 10 de abril se realizó la primera vuelta. Cinco candidatos tenían posibilidades de alcanzar el *ballottage*. Ninguno contaba con un partido político: los partidos políticos en el Perú perecieron como dinosaurios de otra era geológica, ¡ni siquiera el APRA pudo presentar candidato presidencial alguno! En este ambiente dominado por figuras individuales dos candidatos despertaban mayores rechazos en la población: Keiko Fujimori y Ollanta Humala. Aquella es la hija del expresidente Alberto Fujimori, condenado ejemplarmente a veinticinco años de cárcel por corrupción y crímenes contra los derechos humanos durante su gobierno de los años noventa. Más allá del parentesco, las resistencias provenían de la exaltada reivindicación del gobierno del padre y por estar rodeada de los mismos individuos que gobernaron el Perú durante aquel régimen autoritario y corrupto. Humala, por su parte, convocaba temores variados. En lo político, le perseguía una rebelión chapucera que comandó su hermano Antauro (y que Ollanta apoyó) contra el gobierno democrático de Alejandro Toledo en 2005 y que terminó con seis muertos. En lo económico, aunque ya no era aupado por Hugo Chávez como en 2006 y aseguraba, más bien, preferir a Lula da Silva, su insistencia en una economía “nacional” de mercado y en alterar el marco constitucional despertaba rechazo en un país donde la economía abierta ha dado lugar a un

crecimiento espectacular (aunque desigual) en la última década.

Entre estos dos resistidos aspirantes (el populismo de derecha y el de izquierda) se encontraban tres candidatos —ya bautizados como los tres chiflados—, quienes se disputaban lo que, con algo de libertinaje teórico, podemos llamar el voto “moderado”. El expresidente Alejandro Toledo, su ex primer ministro Pedro Pablo Kuczynski y el exalcalde de Lima Luis Castañeda soñaban con alcanzar la segunda vuelta e imponerse ahí ante Fujimori o Humala, pues cualquiera de ellos tres cosecharía a su favor las antipatías masivas de aquel par. Pero, como ya se sabe, si quieres hacer reír a Dios, cuéntale tus planes. De pronto, con el paso de las semanas, Fujimori y Humala habían crecido más de lo previsto y la división del voto entre los tres chiflados era un regalo del cielo para ambos. En realidad, el regalo fue sobre todo para Keiko Fujimori, quien terminó alcanzando la segunda vuelta con el 23%, mientras que Humala llegó ahí con el 31%.

Más allá de la pasajera campaña, el voto confirmó varias dolencias del sistema peruano. En primer lugar, los dos candidatos que disputarían la segunda vuelta eran aquellos señalados por ser quienes sienten menor aprecio por las instituciones democráticas. En segundo lugar, vencía ampliamente el candidato que representaba con mayor énfasis la crítica al envanecido modelo económico peruano. Vale decir, el éxito electoral de los dos candidatos era la otra cara del fracaso del gobierno de García. Además, ambos candidatos recogían la mayor parte de sus votos entre los pobres del país y se confirmaba y asentaba la escisión entre el Perú próspero y el ignorado. De las 49 provincias más pobres, Humala ganó en 40. Para predecir la votación peruana en la primera vuelta habría bastado con tener un mapa de la pobreza en el Perú. Sin partidos políticos los individuos han ido votando cada vez

más con ánimo de clan, casi tribal, los ricos con los ricos y los pobres con los pobres; y los pobres —debió enterarse de sopetón la frívola élite peruana— eran un montón. Tantos que pusieron a sus dos candidatos favoritos en la segunda vuelta. El sortilegio democrático.

Un año antes de la elección Mario Vargas Llosa había calificado una eventual segunda vuelta entre Humala y Fujimori como “elegir entre el cáncer y el sida”. Una vez oficializada la mortuoria disyuntiva, y con el 46% de la población sin haber votado por ninguno de los dos candidatos en la primera vuelta, la campaña se centró en los pasivos de cada candidato. Corrupción y autoritarismo del lado de Fujimori; en el de Humala, cargos por violaciones a los derechos humanos cometidos cuando era militar en actividad y, sobre todo, inquisiciones infinitas a su plan económico. Los grandes medios de comunicación nacional y el gran empresariado cerraron filas en torno a Fujimori; los intelectuales de todo tipo (encabezados por Vargas Llosa) y la sociedad civil organizada se alinearon con la candidatura de Humala. Para unos la elección de Humala conduciría al país al abismo, los de enfrente replicaban que la elección de Fujimori sería la vejación última a la dignidad de la patria. La competencia dejó pronto de ser un asunto político para ser uno moral. Los candidatos, por su parte, se retractaban de todo lo prometido buscando seducir los escépticos votos disponibles: Keiko Fujimori pidió, por primera vez, disculpas por los crímenes del gobierno de su padre y juró por Dios que, de llegar al poder, no lo liberaría de la prisión a través del derecho de gracia presidencial; Ollanta Humala aseguraba no querer cambiar la constitución ni reformar la economía de mercado, prometiendo, en resumen, lanzar a la basura su plan de gobierno original. Ante tales metamorfosis programáticas solo quedaba recordar a Groucho Marx: “Estos son mis principios. Si no les gustan, tengo otros.”



Foto: Reuters

+Humala: difícil papeleta.

Finalmente, a Keiko Fujimori le costó más desprenderse de la filiación con el gobierno criminal de su padre. Una serie de grotescas declaraciones por parte de sus voceros durante el último tramo de la campaña reveló que el fujimorismo era el de siempre. Humala, sin despertar pasiones y gracias a la sabia conducción de un equipo de estrategias brasileños enviados por el Partido de los Trabajadores, logró desprenderse en mayor grado de su imagen de militar golpista. Entre la primera y la segunda vuelta Humala sumó un 20% adicional del electorado para ganar la elección. Es una población que no ha votado por él para que *cambie* el modelo económico sino para que *mantenga* el sistema democrático que peligraba más si volvía el fujimorismo mafioso al poder. En realidad, ambos candidatos generaban tantas resistencias que es posible que solo pudieran hacerse de la presidencia disputándola entre ellos dos. Los votos que ambos consiguieron en la segunda vuelta se definen bastante bien como antihumalistas y antifujimoristas. El resultado final fue 51,5% para Humala y 48,5% para Fujimori.

Ahora viene lo más difícil para Humala. Deberá satisfacer a su electorado original (31%) que espera un cambio real en el manejo de la economía y del Estado sin traicionar al

20% adicional conseguido para la segunda vuelta a quien prometió, justamente, no alterar sustancialmente estas mismas cuestiones; finalmente, deberá apaciguar a una oposición empresarial y mediática que le hará la vida imposible desde el primer día. ¿Conseguirá Humala la cuadratura del círculo al serenar las quejas encolerizadas de los de abajo sin sacar las garras caudillistas que espantan a su recientemente adquirido voto moderado? Nadie puede saberlo. Por el momento basta decir que el Perú se ha salvado de lo peor... ojalá se salve también de lo malo. —



+El virus que cambió el mundo.

MEDICINA

TREINTA AÑOS DEL SIDA

MA TERESA GIMÉNEZ BARBAT

Se cumplen treinta años del descubrimiento del sida. Para muchos fue un verdadero “fin de la infancia”, jugando con el título de la novela de Arthur C. Clarke. De repente, el sexo ya no era ese festival de paz, amor e intercambio de fluidos sin consecuencias que habían regalado los métodos fiables de contracepción a la generación *beat*. El sida significó volver a hablar de cosas aburridas como “sexo responsable”. Incluso de resucitar maldiciones bíblicas de antiguos confesionarios. El 5 de junio de 1981 fue el anuncio oficial de que una nueva enfermedad estaba causando una avalancha de trágicas y penosas muertes. Su naturaleza desconocida provocó una oleada de pánico mundial.

Michael Gottlieb, un joven médico clínico, advirtió que, en tres hospitales de Los Ángeles, un total de cinco varones jóvenes, blancos y homosexuales habían presentado una rarísima infección solo característica de inmunodeprimidos terminales. A la vez, tanto en California como en Nueva York se detectó el crecimiento anormal de un sarcoma, el de Kaposi, que pasó a convertirse en símbolo de la enfermedad.

El sida dejaba al organismo inerme ante enfermedades como la neumonía, su contagio resultaba fatal y no había vacuna ni remedio a la vista. En este estado de confusión, el 3 de enero de 1983 dos investigadores en el Instituto Pasteur, Françoise Barré-Sinoussi y Luc Montagnier, a partir de la biopsia de un ganglio de un paciente, se dieron cuenta de que se trataba de un virus nuevo que se transmitía por vía sexual y sanguínea, y que era urgente detenerlo. Pero no fueron comprendidos por el resto de la comunidad científica, al menos durante un año, hasta que Robert Gallo confirmó los resultados en los Estados Unidos.

Una de las sorpresas fue saber que su origen podría estar en África y no ser únicamente humano. Utilizando relojes moleculares han acabado estableciéndose los distintos linajes de la infección desde los simios al hombre. Parece que el virus se transmitió a los humanos múltiples veces desde al menos dos tipos de primates distintos. ¿Cómo fue esto posible? Los cambios sociales, económicos y políticos de los últimos cien años han resultado en un movimiento global y un contacto sin precedentes entre las poblaciones humanas. Bajo estas condiciones, la transmisión de un virus animal a un anfitrión humano y de ahí a gran-

des poblaciones es relativamente sencilla.

Hasta que en los setenta se convirtiera en prevalente en individuos infectados en Estados Unidos y Europa, el virus ya había estado en grupos humanos por lo menos desde 1930. La velocidad de su propagación fue muy lenta al principio, pero debió de estallar alrededor de los años cincuenta y sesenta, coincidiendo con el fin de la colonización en África, varias guerras civiles, la introducción de los programas de vacunación (con la desgraciada circunstancia de la reutilización de agujas), la revolución sexual y el incremento de los viajes tanto a África como desde África. “El sida cambió el mundo; un nuevo vínculo social se creó entre países del norte y del sur, lo que ninguna enfermedad había provocado”, destacó Michel Sidibé, director de Onusida.

Su modo de transmisión, en particular la vía sexual, rodeó la enfermedad de prejuicios. El hecho de que se cebara en la comunidad homosexual hizo que los grupos religiosos más reaccionarios lo atribuyesen a una especie de maldición por la abominación del pecado. Por otro lado, el sida es una enfermedad que hizo su aparición y se extendió en los momentos de auge de las filosofías relativistas y anticientíficas

herederas de la posmodernidad. Y para empeorarlo más, coincidió también con los años cumbre del tercermundismo y de los indigenismos antioccidentales.

Uno de los primeros en hablar del tema fue Jean-François Revel en su libro *El conocimiento inútil*. En él cuenta que en octubre de 1985, un diario de Nueva Delhi, *The Patriot* (órgano prosoviético conocido como tal en la India pero no fuera), publicaba un artículo para “revelar” que el virus del sida era producto de experimentos en ingeniería genética hechos por el ejército estadounidense con vistas a la guerra biológica. Este bulo fue creciendo hasta el punto de que en septiembre de 1986, durante la cumbre de los países no alineados celebrada en Zimbabue, se distribuyó a los delegados un grueso informe con todas las apariencias de seriedad científica asegurando que el virus del sida procedía del laboratorio de Fort Detrick, en Maryland. Aunque más adelante se hicieron las oportunas rectificaciones, el daño ya estaba hecho: en el Tercer Mundo (y en otros muchos lugares) es hoy muy difícil encontrar a alguien que no esté persuadido de que el Pentágono y la CIA desencadenaron la epidemia.

La premio Nobel de la Paz del 2004, por ejemplo, la inefable Wangari Maathai, acusó a Occidente de crearlo para exterminar la raza negra, provocando la estupefacción y la polémica en Suecia. En una entrevista aseguró que el sida “es una herramienta de control creada por investigadores para erradicar algunas razas”. La paradoja es que Maathai es doctora en biología y la primera mujer africana que obtuvo un doctorado. También el presidente sudafricano Thabo Mbeki llegó a opinar que los negros que aceptan la ciencia ortodoxa del sida son “reprimidos” y víctimas de una mentalidad esclava.

Esta nueva enfermedad se detectó gracias a la eficacia de los sistemas sanitarios modernos y al uso de métodos científicos como la

estadística. Su aplicación rutinaria permitió que, en junio de 1981, el sistema de control de enfermedades de Estados Unidos —el Center of Disease Control de Atlanta— detectase una inusual incidencia de neumonía por *Pneumocystis carinii*. A partir de aquí se puso en marcha un proceso que, a pesar de treinta años de enfermedad y millones de muertos, ha sido un gran triunfo de la ciencia. En 1996, con las triterapias, la enfermedad mortal pasó a ser una enfermedad crónica. Y el 12 de mayo de este año, el HIV Prevention Trials Network anunció que un estudio realizado sobre 1.763 parejas (la mayoría heterosexuales, algunas gays) de África, Asia y el norte y el sur de América, en las que un miembro estaba infectado, demostró que las drogas modernas no solo prolongaban la vida de los enfermos, sino que podían detener la transmisión del virus.

Aunque muchos científicos descartan esta posibilidad por demasiado optimista, existen determinados grupos que piensan que el sida se podría curar. Una de las razones es que una de cada mil personas afectadas controla la infección de manera natural sin desarrollar nunca los síntomas. Como existen estudios que han identificado los anticuerpos que neutralizan el sida, también podría crearse una vacuna en un futuro cercano. Tiempo al tiempo. —

CULINARIA 55 EN EL BULLI

—EUNICE CORTÉS

Atesoro a modo de gatillo nostálgico una descomunal tarjeta *pop-up* en cartoncillo rojo (31 x 51 cm) que al abrirse despliega un pastel de seis pisos con todo y su velita —de cera y pabilo— y atrás está dedicada de su puño y letra: “Muchas felicidades, Eunice. Ferran Adrià.” Terminábamos la velada ebrios de placer en la terraza de El Bulli entre bocanadas de humo y paladeo de digestivos, arrullados por las olas batientes a nues-

tras espaldas, resistiéndonos a poner punto final a la experiencia, cuando un mesero se inclinó a encender la vela de mi pastel/tarjeta de cumpleaños como remate inesperado al inmoderado despliegue: cena de 47 tiempos (sin errata) en maridaje exclusivo con seis añadas de champagne Dom Pérignon.

Sobra decir lo que significa el privilegio, teniendo en cuenta que el 30 de julio El Bulli cerrará en definitiva sus puertas al público. A partir de entonces será una fundación dedicada a la libertad creativa de un equipo liderado por ese genio renacentista que es Ferran Adrià (www.elbulli.com). Nadie volverá a cenar en el que fuera el mejor restaurante del mundo en 2002 y cuatro veces más, consecutivamente de 2006 a 2009 —según la revista británica *Restaurant Magazine*—, como no sea a invitación expresa.

Al llegar, ni la sencilla construcción en piedra ni mucho menos su campirana decoración sugieren semejante excelencia culinaria. El Bulli, enclavado en la pequeña bahía de Montjoi de la Costa Brava (177 kilómetros al norte del aeropuerto de Barcelona), conserva un poco del aire de ese chiringuito de playa que comenzó siendo en la década de los sesenta, y para acce-



Foto: EFE

+Adrià cierra El Bulli.

der a él por tierra hay que tomarse la molestia de recorrer unos trece kilómetros de costa accidentada desde Roses o llegar por barco desde el Mediterráneo: quien quiere cenar allí tiene que ganárselo.

Imagino a los cincuenta chefs de El Bulli (cincuenta chefs para cincuenta comensales), en la cocina, absortos, manejando ingredientes mediante procedimientos alquímicos hasta convertirlos en partículas, en esencias, en moldeables promesas, para reorganizarlos siempre de otro modo, como si de un juego se tratara, arriesgando combinaciones insólitas, asombrosas en su resultado, visualmente perfectas, delicadas, diminutas todas.

“El siguiente plato –anuncia nuestro mesero mientras lo sirve– es caviar sobre *coulis* de avellana y caviar de avellana sobre *coulis* de caviar. ¿Podrían distinguir cuál es cuál?” Ni la textura ni el color ni el sabor revelan pistas fiables. Como el resto, el platillo es delicioso, sutil y al mismo tiempo preciso y precioso. Y lo es más intensamente porque resulta inexpugnable a la observación razonada: cualquier esfuerzo de disección cerebral para asirlo es inútil, al menos para quienes cocinamos como simples mortales. De eso se trata. Lo que por arduas horas ha sido disección, experimento, imaginación y reto para sus creadores deviene sorpresa exquisita a la mesa, y uno cae atrapado sin remedio en estados alterados de conciencia cuando la mezcla de sabores estalla en el interior de la boca y las sustancias impregnan por eternos instantes el paladar desprevenido.

Comimos, bebimos, ¡cuánto y cómo! Macarrones de parmesano, percebes rellenos de caviar, tártara de ostras, espárragos con miso, gnocchi de polenta, ceviche de almeja, risotto de moras... Añadas 1969, 1973, 1976, 1990, 1996 y 2002 de Dom Pérignon. Y cuando creíamos haber llegado al final de ese abrumador maratón gastronómico, caímos presa de una última

tentación dispuesta en el interior de enormes cajas laqueadas: una combinación de chocolates artesanales, una docena de los cuales –la gula venció a la diabetes– me zampé impúdicamente. –

OCIO

MISERIAS DEL TIEMPO LIBRE

de VIVIAN ABENSHUSHAN

Fue a la playa para pensar en la nada. No es que fuera esa su intención (en realidad, buscaba lo contrario), pero el destino dispuso todo para que, echada sobre la tumbona y ante el majestuoso paisaje de la bahía, acabara teniendo la impresión de que había ido hasta ahí para sentirse miserable.

Imagino esta escena mientras leo un artículo sobre la depresión de la tumbona, una rara amenaza psicológica que acecha a los vacationistas del nuevo milenio, el síndrome irónico de un mundo que ha perdido su capacidad para refocilar. Ahí está la jefa de recursos financieros en bikini, lejos del memorándum de último minuto y liberada al fin del apremio y las llamadas telefónicas. Pero ella se siente desfallecer. Intenta leer y no puede, quisiera contemplar la puesta de sol pero no tiene ánimo, un vodka apenas aminora sus incomprensibles ganas de llorar. Añoraba esas vacaciones, tantas veces postergadas, pero ahora que han llegado no las puede disfrutar. El ocio le causa un incomprensible dolor. Y así, inquieta, se revuelca sin parar en su tumbona, fustigada por un insecto invisible, menos prosaico que las pulgas de arena, más lacerante, metafísico incluso: el mosquito del vacío. “Nada tan insoportable para un hombre como estar en reposo absoluto”, escribió Pascal. Entonces siente su nada, su insuficiencia, su dependencia, su impotencia. Lo único que desea la jefa en vacaciones es volver a trabajar. Porque así, inmóvil y puesta a contemplar su paisaje interior, le ha llegado de

pronto la sensación recalcitrante de haber desperdiciado una vida, la certeza de que, lejos de la oficina, ya no es nadie. La insatisfacción se adueña de ella mientras se aplica el bronceador y no puede dejar de pensar en lo que habría llegado a ser si hubiera sido fiel a sus impulsos de juventud. Se trata del *Angst*, sobre el que tanto escribió Cyril Connolly en *La tumba sin sosiego*, el remordimiento por haber aceptado hábitos convencionales de existencia, debido a un conocimiento superficial de nosotros mismos.

Los psicólogos austriacos que acuñaron el término “depresión de la tumbona” lo atribuyen a la incapacidad de los trabajadores para liberarse del estrés acumulado durante el año, la fatiga como causa de angustia. Pero esta experiencia de sinsentido súbito podría asociarse también a lo que sucede con los jubilados que mueren de tristeza lejos del trabajo, hombres y mujeres en la última recta del camino para quienes la vida se revela, descargada de pronto de su mecánica estéril, como una habitación inabarcable y vacía, una estancia tan larga que ni el arquero más diestro sería capaz de clavar su flecha en la pared del fondo. Los jubilados podrían convertirse en los artistas organizadores de ese vacío, esculpir al fin su propia existencia, pero no tienen ánimo para hacerlo. Después de tomar el coche cada mañana, después de entrar en la oficina, clasificar archivos, almorzar rápido y mal, volver a clasificar archivos, dejar el trabajo, beber una cerveza, regresar a casa, encontrar al cónyuge, besar a los niños, comer un sándwich con la televisión de fondo, acostarse y dormir, desempeñando el mismo papel durante cuarenta años, sin salidas de tono ni variaciones reales, al jubilado se le expulsa de la escena laboral para que sea, finalmente, él mismo. Pero ignora cuál es su parlamento auténtico, pues ha vivido bajo una lastimosa continuidad de clichés. Además, tiene poco tiempo, apenas lo que queda entre



+El vacío del ocio.

la salida del público y el inicio de la nueva función. Poco tiempo y el cuerpo gastado y la memoria roída para amueblar de nuevo la habitación vacía, para comenzar de cero. ¿Tiene eso sentido?

Al trabajo se le ha concedido en todas partes el lugar de la identidad, nos atareamos para *ser alguien* a la vista de los demás. Y si el trabajo es la única forma de realización personal, entonces la jubilación se convierte en una repentina supresión del rostro, la entrada en la existencia sin mérito. Por eso, para muchos jubilados, que nunca fueron educados en el uso fecundo de su tiempo, el retiro es como un arribo anticipado a la fosa común. El asunto empeora cuando son despojados de sus fondos de retiro, hoy expuestos a las veleidades de Wall Street, también llamadas fluctuaciones financieras. La economía de mercado desprecia a la vejez, torpe, maniaca e improductiva, tanto como la despreciaban los jóvenes del *Diario de la guerra del cerdo*, la perturbadora novela de Bioy Casares donde un batallón de muchachos se empeña en exterminar de una vez por todas a los ancianos. No veo diferencia alguna entre el cinismo soslayado de este sistema de locura y frau-

de en el que vivimos, su crueldad implícita, y aquella cacería sin cuartel de viejos lentos y encorvados por las calles de Buenos Aires: después de haberle exprimido hasta el último centavo, la sociedad despacha al jubilado hacia la muerte por la puerta de atrás, desnudo. Ha dejado de ser empleado y consumidor, ahora es un ocioso, y de él lo único que interesa al banco es especular con su pensión. ¿Y si lo pierde todo en un revés bursátil? Qué más da, el viejo estaba a un paso de la tumba.

Me he quedado pensando todo el día en la tristeza de los jubilados y la depresión de los vacacionistas, dos mundos que solo pueden tener un final siniestro cuando se funden inevitablemente, como intuyó Michel Houellebecq en una crónica sobre un contingente de jubilados en vacaciones que aparece hacia el final de *El mundo como supermercado*. Lo escalofriante es que ese grupo de hombres y mujeres retirados de la vida activa alguna vez fueron jóvenes animadores destinados a entretener vacacionistas de todo tipo, pero sobre todo jubilados, en el Holiday Inn Resort de Safaga, en la costa del Mar Rojo, un hotel inmenso con más de trescientas habitaciones y discoteca y *coffee-shop* y terraza

de espectáculos y hasta centro comercial, una ciudad con todo a la mano, incluido un clima de ensueño y animadores infatigables que un día, sin embargo, se convierten en animadores retirados, es decir, en viejos de apenas cincuenta años reemplazados por jóvenes atléticos destinados a entretener vacacionistas de todo tipo pero, también, animadores jubilados. Como en las familias circenses, en la ronda generacional de los animadores parece que no hay variación posible; ni pasado ni presente ni futuro: cada día vuelve a empezar, idéntico a sí mismo, el círculo perverso donde el pseudoocio de nuestra época se ha convertido en una extensión del trabajo. Hace tiempo, éramos animadores de los lugares de vacaciones; nos pagaban para entretener a la gente, para intentar entretener a la gente. Después, ya casados (o más a menudo divorciados), volvemos a esos lugares de vacaciones, esta vez como clientes. Los jóvenes, otros jóvenes, intentan divertirnos. Por nuestra parte, intentamos tener relaciones sexuales con algunos miembros del lugar de vacaciones (a veces exanimadores y a veces no). A veces lo conseguimos; la mayoría de las veces fracasamos. No nos divertimos mucho. Nuestra vida ya no tiene sentido. De ese modo, el tedio deposita en la playa los restos del ocio destruido. Y nadie se sorprende cuando alguien encuentra el cadáver de un exanimador entre dos aguas en la piscina que miraba al mar.

En fin. Miro por mi ventana que no da al mar y no puedo dejar de pensar en la jubilación y las vacaciones (yo que no tengo cuenta de retiro y vivo en mis vacaciones permanentes, que para eso me hice escritora), dos rostros desoladores y mórbidos del falso ocio de nuestra época, la forma en que los tiempos cada vez más estrechos que la sociedad concede al hombre para el auténtico disfrute de sí se transforman en su reverso: una temporada en el infierno. —